**DOMINGO 5º DE PASCUA /B**

**Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (9,26-31):**En aquellos días, llegado Pablo a Jerusalén, trataba de juntarse con los discípulos, pero todos le tenían miedo, porque no se fiaban de que fuera realmente discípulo. Entonces Bernabé se lo presentó a los apóstoles. Saulo les contó cómo había visto al Señor en el camino, lo que le había dicho y cómo en Damasco había predicado públicamente el nombre de Jesús. Saulo se quedó con ellos y se movía libremente en Jerusalén, predicando públicamente el nombre del Señor. Hablaba y discutía también con los judíos de lengua griega, que se propusieron suprimirlo. Al enterarse los hermanos, lo bajaron a Cesarea y lo enviaron a Tarso. La Iglesia gozaba de paz en toda Judea, Galilea y Samaria. Se iba construyendo y progresaba en la fidelidad al Señor, y se multiplicaba, animada por el Espíritu Santo.

**Salmo 21,26b-27.28.30.31-32**  
  
R/. El Señor es mi alabanza en la gran asamblea  
  
Cumpliré mis votos delante de sus fieles.  
Los desvalidos comerán hasta saciarse,  
alabarán al Señor los que lo buscan:  
viva su corazón por siempre. R/.  
  
Lo recordarán y volverán al Señor  
hasta de los confines del orbe;  
en su presencia se postrarán las familias de los pueblos.  
Ante él se postrarán las cenizas de la tumba,  
ante él se inclinarán los que bajan al polvo. R/.  
  
Me hará vivir para él, mi descendencia le servirá,  
hablarán del Señor a la generación futura,  
contarán su justicia al pueblo que ha de nacer:  
todo lo que hizo el Señor. R/.

**Lectura de la primera carta del apóstol san Juan (3,18-24):**  
Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras. En esto conoceremos que somos de la verdad y tranquilizaremos nuestra conciencia ante él, en caso de que nos condene nuestra conciencia, pues Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo. Queridos, si la conciencia no nos condena, tenemos plena confianza ante Dios. Y cuanto pidamos lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada. Y éste es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros, tal como nos lo mandó. Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos dio.

**Lectura del santo evangelio según san Juan (15,1-8):**  
En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento mío que no da fruto lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por las palabras que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará. Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos.»

**COMENTARIO /B**

Lejos quedan ya los tiempos en los que muchos cristianos vivíamos nuestra fe fundamentalmente sujetos y agobiados por unas leyes y unas normas. Eso nos llevaba a vivir continuamente en el temor a transgredirlas, y del miedo más grande de unas penas y castigos, más o menos severos, en la otra vida. La vida cristiana consistía básicamente en el miedo a cometer transgresión y pecado. Eso era lo primordial. El evangelio de este domingo nos habla de otra cosa más importante: la centralidad de Cristo en nuestra vida y lo hace a través de esta bella imagen de la vid y los sarmientos. Hoy, Jesús es presentado como la vid y nosotros como los sarmientos. Se nos dice que debemos estar unidos a él para dar fruto, como lo está el sarmiento con la vid. ¡Qué bella imagen de la unión mística con Jesús que consiste en compartir su misma savia! De él recibimos esta savia que es fuente de vida para nosotros y para todos aquellos a quienes la transmitimos. Nosotros somos transmisores de todo lo que recibimos de Jesús, y reconocemos que este tesoro que recibimos no es nuestro.  
Del mismo modo que los sarmientos y la vid mutuamente se necesitan, también nosotros y Jesús nos necesitamos mutuamente. Sin los sarmientos, la vid no llega a dar fruto, y sin la vid los sarmientos quedan secos y se mueren. Jesús nos necesita. Necesita de nuestra boca para hablar, de nuestras manos para trabajar en la viña y de nuestro corazón para amar. Y nosotros necesitamos a Jesús para recibir la savia de la vida, que es su Espíritu.  
Siete veces insiste el texto en la permanencia de los discípulos en Jesús o en la de Jesús en los discípulos para poder dar fruto. Más adelante el texto aún insistirá, focalizando la fe en el amor a Jesús y en guardar la voluntad del Padre.  
Cada nombre de Jesús, cada "yo soy" revela y nos invita a tener experiencias nuevas. Todas basadas en el amor. En este caso, el injerto del sarmiento en la vid constituye una nueva manera de vivir recibiendo una savia divina en todo nuestro ser. La mente y el afecto quedan transformados. De alguna manera la vida de Jesús, el Maestro, se apodera de los pensamientos y de las actitudes del discípulo. Sentimos dentro del corazón la dicha consoladora del mismo Jesús que nos dice: "Ya no os diré siervos sino amigos" (Jn 15,15) o la de Pablo: "es Cristo quien vive en mí" (Ga 2,20). Nuestro evangelio de hoy es Cristocéntrico. Hay que ampliar el horizonte religioso de nuestra vida escuchando de Jesús esta fórmula reveladora de su identidad, el insistente "yo soy" del evangelio de Juan. Yo soy el camino, la verdad, la vida. Yo soy la luz del mundo, el pan del cielo, el agua viva. Yo soy la puerta de las ovejas, el buen pastor, la resurrección y la vida, el Hijo de Dios, el Mesías. Yo soy la vid y los discípulos a quienes se dirige somos los sarmientos. Nos pide dos cosas: la primera es condición necesaria para la segunda: estar unidos a la vid, es decir a Él, y dar fruto. Queda lejos esta generosa concepción de la vida cristiana basada en el amor, de aquella tan raquítica basada en el temor constante a transgredir unas leyes y unas normas y del castigo consecuente. La ley de Jesús es el amor como la ley del sarmiento es la vida de la vid.